

## CAPITULO XV.

De cómo Juan de Acosta acabó de sacar su gente para el Cuzco, y de lo que Gonzalo Pizarro hizo en la llegada de los navios del Presidente al puerto de los Reyes.

Teniendo Juan de Acosta su gente en órden y apercebida de todo lo necesario, la sacó de la ciudad de los Reyes, y caminó la vía del Cuzco por el camino de la sierra, y en este tiempo Gonzalo Pizarro tuvo nuevas que la armada de Lorenzo de Aldana había parecido quince leguas del puerto de los Reyes; y después de haber consultado el negocio con sus capitanes, se acordó que Gonzalo Pizarro sacase de la ciudad toda la gente y se fuese á poner cerca de la mar con ella, temiendo que si una vez llegasen los navios al puerto, habria tan grande turbacion en la ciudad por la priesa de lo que se habia de proveer, que ternian lugar los que quisiesen de irse á embarcar, ó que faltaria tiempo para compeler á que saliesen los que estuviesen sin determinarse; y así se hizo, dándose muchos pregones para que ninguno, de cualquier oficio ó edad que fuese, se quedase en la ciudad, so pena de muerte, apercibiendo que habia de cortar la cabeza á quien se quisiese quedar; y que para este efecto iria él delante, y dejaria en la ciudad al Maestre de campo con cien arcabuceros para ejecutar la pena de los pregones. Andaba la gente tan asombrada con el temor de la muerte, que no se podian entender ni tenian ánimo para huir; y algunos que hallaron mejor aparejo se escondieron por los cañaverales y cuevas, enterrando sus haciendas. Y habiendo Gonzalo Pizarro de salir otro dia con la gente que pudiese llevar, se descubrieron en el puerto de los Reyes tres velas, con lo cual se alborotó la gente y se comenzó á tocar arma, y Gonzalo Pizarro salió de la ciudad con todos los que pudo llevar, y asentó su real en medio del camino; por manera que estaba una legua de la mar y otra de la ciudad, por hacer rostro á que los de la mar no saltasen en tierra, y impedir que los suyos no se fuesen á embarcar, y tambien porque no pareciese que desamparaba la ciudad, y porque antes que se apartase della queria saber la intencion de Lorenzo de Aldana, y tentar si por negociacion ó cautela se podia tomar la armada, pues no habia otro remedio para resistirles que no tomasen puerto; porque uno de los capitanes de Gonzalo Pizarro habia echado á fondo cinco navios que estaban surtos en el puerto en contradiccion de los principales del real; y con esta determinacion se juntó toda la gente de pié y de caballo en la plaza de los Reyes, y Gonzalo Pizarro salió con sus banderas tendidas con hasta quinientos y cincuenta hombres, y fué á asentar su real en el asiento ya dicho, y proveyó que ocho de caballo se estuviesen en celada junto á la mar, para que ningun soldado de los navios que hubiese saltado en tierra pudiese tornar ni echar cartas ni hacer otra diligencia; y así estuvieron hasta otro dia, que Gonzalo Pizarro proveyó que Juan Hernandez, vecino de los Reyes, fuese en una balsa á los navios y dijese á Lorenzo de Aldana que le enviase un caballero de los suyos, y que él se quedaria en rehenes, para tratar la razon de la venida. Y como Juan Hernandez pareció solo en la costa, luego de la armada enviaron á Juan Alonso

Palomino en un batel, que le rescibió y le llevó á la nao capitana, donde entendido por Lorenzo de Aldana lo que queria, envió al capitan Peña, dejando en su poder á Juan Hernandez; y Gonzalo Pizarro mandó que Peña no entrase en el real hasta de noche, porque no pudiese hablar con nadie; y entrando en su toldo, le dió el poder del Presidente y el perdon general que su majestad hacia, y la revocacion de las ordenanzas; y dijo de palabra lo mucho que aquel reino ganaba en obedecer lo que su majestad enviaba á mandar, y que su real voluntad no era que él gobernase, y que para ello enviaba al Presidente con poderes tan bastantes, sabiendo lo sucedido en la tierra. A lo cual le respondió que prometia de hacer cuartos á todos cuantos venian en la armada, y castigar al Presidente por su atrevimiento; encareciéndole la gran traicion que le habia hecho en detener sus procuradores, y tambien la de Lorenzo de Aldana en venir contra él, habiéndole él enviado y dado dineros con que fuese á España. Y dicho esto y otras muchas cosas, todos los capitanes se salieron fuera, y Gonzalo Pizarro se quedó solo con el capitan Peña; y después de haber tratado con él muy á la larga sobre la justificacion de sus negocios, le prometió cien mil castellanos si diese forma cómo pudiese tomar el galeon de la armada, en quien estaba toda la fuerza della. Peña le respondió que no era él persona que por ningun interés habia de hacer semejante traicion, ni él le deberia cometer sobre ello; y así, aquella noche le entregaron á don Antonio de Ribera para que durmiese en su toldo, sin dejarle hablar con persona ninguna; y á la mañana se tornó á la armada, y vino Juan Fernandez en tierra, con determinacion y promesa de servir á su majestad en todo lo que pudiese. Y pareciéndole á Lorenzo de Aldana que todo su buen suceso consistia en traer á noticia de los soldados el perdon de su majestad, se dió órden cómo se hiciese por mandado de Juan Fernandez, con una cautela tan avisada como peligrosa, y esta fué, que Lorenzo de Aldana le dió todos sus despachos duplicados, y cartas para algunas personas señaladas del campo; y escondiendo las unas en los borcegués, trajo las otras á Gonzalo Pizarro, y tomándolo aparte, le dijo cómo Lorenzo de Aldana le habia persuadido que publicase el perdon en el campo, y que él le habia tomado con todos los otros despachos, así para entretener á Lorenzo de Aldana con esperanza que él lo habia de hacer, como para traerle los despachos y que los viese; dando á entender Juan Fernandez que no sabia que hasta entonces hubiesen venido á noticia de Gonzalo Pizarro, ni él lo habia dicho jamás. Gonzalo Pizarro le agradeció mucho su buen aviso, concibiendo del gran crédito, y luego tomó todos los despachos, haciendo grandes amenazas y juramentos de castigar muy ásperamente á quien los habia enviado, como lo habia hecho á los demás que hasta entonces le habian ofendido; y luego Juan Fernandez, debajo desta seguridad, pudo dar algunas de las cartas que traia, y otras hizo perdidizas, por manera que vinieron á noticia y poder de sus dueños; y así estuvo Gonzalo en el real miércoles y juéves siguiente, sin acontecer otra novedad.

## CAPITULO XVI.

Cómo se huyeron algunas personas del real de Gonzalo Pizarro, y de lo que enviando en pos dellos aconteció.

Quando Gonzalo Pizarro salió de los Reyes para ir á asentar el real en el campo, dejó por alcalde de aquella ciudad á Pedro Martín de Cicilia, que le habia seguido desde el principio con gran aficion. Era este Pedro Martín hombre viejo, de edad de setenta años, pero muy robusto, recio, cruel y poco temeroso de Dios; villano, natural del lugar de Don Benito, tierra de Medellín. A este dejó por órden que á cualquiera que hallase haberse quedado en la ciudad ó que se viniese del real, no mostrando licencia suya, luego sin ninguna dilacion le ahorcase; lo cual él guardó tan precisamente, que á un hombre que topó, aun no aguardó á horcarle, sino que él por su propia mano le dió de puñaladas; y traia tras sí al verdugo cargado de cabestros, jurando que ninguno toparia á quien no ahorcase; y algunos venian del real con licencia de Gonzalo Pizarro á proveerse de lo necesario. En este tiempo vinieron con esta licencia á la ciudad ciertos vecinos á proveerse de lo que habian menester, los principales de los cuales eran Nicolás de Ribera, regidor y vecino de los Reyes, y Vasco de Guevara y Hernan Bravo de Lagunas, y Francisco de Ampuero y Diego Tinoco, y Alonso Ramirez de Sosa y Francisco de Barrio-Nuevo, y Martín de Menezes y Diego de Escobar, y otros algunos salieron con sus armas y caballos la vía de Trujillo, y luego que fueron vistos por las espías dieron mandado á Gonzalo Pizarro, y él proveyó que el capitan Juan de la Torre los siguiese con algunos arcabuceros á caballo; el cual los siguió por espacio de ocho leguas, hasta que topó con Vasco de Guevara y Francisco Ampuero, que se habian quedado en la retaguardia para dar aviso á los delanteros de lo que sucediese; y ellos, viéndose en aprieto, se defendieron animosamente, y por ser de noche no los pudieron herir los arcabuceros, y al fin huyeron. Y como Juan de la Torre y los suyos traian los caballos cansados de lo mucho que habian corrido en su seguimiento, no los pudieron alcanzar. Y así, Juan de la Torre se volvió, considerando que aunque alcanzase juntos á los huidos, seria él poca parte para dañarlos, y que eran personas de calidad, que antes se dejarian matar que venir en su poder; y volviéndose al real, topó á Hernan Bravo de Lagunas, que, por no salir junto con los demás ó por otra causa, se quedó rezagado, y llevándole á Gonzalo Pizarro, le mandó ahorcar. Y sabiendo de la prision doña Inés Bravo, mujer de Nicolás de Ribera, uno de los huidos, que era su prima hermana, llevando consigo á su padre, se fué al real de Gonzalo Pizarro, donde se hincó de rodillas delante del y le pidió con muchas lágrimas la vida de Hernan Bravo; y aunque al principio le fué denegada, después cargaron tanto los capitanes de Gonzalo Pizarro en el negocio, y ella hizo tan grande instancia, que al fin le fué otorgado por ser ella de las mas hermosas y honradas mujeres de la tierra. Hácese mencion deste paso, así porque lo mereció el ánimo desta señora, como para apuntar que, entre todos los que hicieron alguna cosa contra Gonzalo Pizarro durante su tiranía, ninguno quedó sin castigo, sabiéndolo

él, sino solo este Hernan Bravo. Y aconteció sobre el perdon otro paso digno de ser referido: que un capitan del mismo Gonzalo Pizarro, llamado Alonso de Cáceres, que se halló junto á él al tiempo que concedió la vida á Hernan Bravo, le besó en el carrillo, diciendo á grandes voces: «¡Oh príncipe del mundo, mal haya quien te negare hasta la muerte!» Como quiera que dentro de tres horas él y el mismo Hernan Bravo y otros algunos se huyeron; lo cual se tuvo por cosa maravillosa, porque parecia que aun no habia tenido tiempo Hernan Bravo para respirar del trance en que se habia visto, teniendo la soga á la garganta. Con la huida desta gente se causó gran alboroto en el real, porque entre ellos habia personas que habian seguido á Gonzalo Pizarro desde el principio y metido con él grandes prendas, y en que nunca se puso sospecha que le habian de faltar; y con esto Gonzalo Pizarro estaba tan alterado, que no habia nadie que se osase parar delante; y mandó á las guardas que al que tomasen fuera del real le alanceasen luego; y aquella misma noche el capitan Martín de Robles envió avisar á Diego Maldonado, regidor del Cuzco (llamado comunmente el Rico), que Gonzalo Pizarro le queria matar, y que así lo habia consultado con sus capitanes; lo cual él tuvo por cierto, así porque fué uno de los que se pasaron á servir al Visorey desde el Cuzco, como porque, después de perdonado sobre esto, yendo con Gonzalo Pizarro á Quito á la guerra del Visorey, le dió un muy recio tormento sobre sospecha que habia sido en escribir una carta que se echó á los piés de Gonzalo Pizarro, en que se le decian muchas verdades de que á él le pesó, como quiera que después parecieron los que entendieron en aquel negocio; y tambien por haber muy estrecha amistad entre él y Antonio Altamirano, á quien Gonzalo Pizarro habia justiciado, como está dicho; y con esta credulidad, sin esperar á que le ensillasen caballo (caso que los tenian muy buenos), y sin decirlo á ningun criado suyo, se salió luego de su toldo con sola su capa y espada, con ser hombre de edad, y caminó á pié toda la noche hasta llegar á unos cañaverales, donde se pudo esconder, junto á la mar, tres leguas de donde estaban los navios; y temiendo que por la mañana le irian á buscar, se descubrió á un indio con quien topó, y le hizo hacer una balsa de solo un haz de pajas, y puesto en ella con el indio, que remaba con un palo, se fué á los navios con muy gran peligro de su vida, porque cuando llegó ya iba casi deshecha la paja y á punto de ahogarse. Luego por la mañana Martín de Robles fué al toldo de Diego Maldonado, y como no le halló, se fué á Gonzalo Pizarro y le dijo cómo Diego Maldonado era huido, y que le parecia que, pues via la disminucion de su campo, debía alzar de allí el real y caminar hácia donde tenia intento de ir, sin dar licencia á persona alguna para que fuese á la ciudad, porque todos se huirian; y por evitar que la gente de la compañía de Martín de Robles no se la pidiese, él queria ir con algunos dellos que estaban desproveidos á la ciudad, para que en su presencia se proveyese de lo necesario, sin perderlos de vista; y que de camino pensaba ir á sacar del monasterio de Santo Domingo á Diego Maldonado, porque le habian dicho que estaba allí retraido, y se le traeria para que, justicián-



dole públicamente, nadie se atreviese á huir. A Gonzalo de Pizarro le pareció que Martin de Robles decia bien, y confiándose dél por las muchas prendas que habia metido en aquellos negocios, le mandó que así lo hiciese; y tomando ante todas cosas los caballos de Diego Maldonado y los suyos propios, llevó consigo á todos los de su compañía de quien él se fiaba, y en llegando á la ciudad de los Reyes, se salió con hasta treinta de caballo la via de Trujillo, públicamente, diciendo que iba en busca del Presidente, y que Gonzalo Pizarro era tirano, y que todos debian ir á servir á su majestad.

Luego llegaron estas nuevas al campo, donde fué tanto el alboroto que hubo, que parecia imposible aquel dia no huirse todos ó matar á Gonzalo Pizarro, el cual lo apaciguó lo mejor que pudo, mostrando tener en poco todos los que se le habian huido, y determinó levantar el real otro dia por la mañana, y aquella noche huyó Lope Martin, vecino del Cuzco, saliendo á vista de todo el real, y por la mañana mandó Gonzalo Pizarro que la gente caminase hasta una acequia dos leguas de allí, y puso muchas guardias y corredores para que nadie se pudiese huir, pareciéndole que toda la dificultad estaba en sacar la gente doce leguas de la ciudad de los Reyes; y mandó al licenciado Carvajal que estoviese en vela toda la noche para que nadie se fuese, y cuando sintió que la gente estaba sosegada, el licenciado Carvajal se fué la vuelta de la ciudad de los Reyes, y de ahí camino de Trujillo, yendo con él Polo Hondegardo y Márcos de Retamoso, su alférez, y Pedro Suarez de Escobedo y Francisco de Miranda y Hernando de Vargas, y otros muchos de su compañía. Y pocas horas después se fué el capitán Gabriel de Rójas, á quien Gonzalo Pizarro habia dado el estandarte, por dejar á don Antonio de Ribera (de quien él mucho se fiaba) en guarda de la ciudad; y con Gabriel de Rójas se huyeron Gabriel Bermudez y Gomez de Rójas, sus sobrinos, y otras muchas personas de calidad, sin que nadie lo sintiese, porque estaba desembarazado el cuartel donde velaba el licenciado Carvajal. Sabido á la mañana por Gonzalo Pizarro lo que pasaba, lo sintió como era razon, especialmente la ausencia del licenciado Carvajal; haciendo grandes conjeturas sobre qué podria haber sido la causa de su desabrimiento, y culpábase á sí por haberle quitado la jornada adonde envió á Juan de Acosta, creyendo quedar sentido desde entonces; y arrepentíase mucho por no haberle casado con doña Francisca Pizarro, su sobrina, hija del Marqués, como lo trató algunas veces, porque con esto le obligaria á nunca dejarle; y los soldados comenzaron á desmayar con la ida del licenciado Carvajal, considerando que, pues él se iba, sabiendo todos los secretos de Gonzalo Pizarro y habiendo metido tantas prendas en su favor, especialmente sobre la muerte del Visorey, y dejando en el campo mas de quince mil pesos en caballos y oro y plata, que luego fueron repartidos, que debia estar muy de quiebra el negocio de Pizarro, así en la fuerza como en la justificacion, y los mas determinaban irse; y llegó á tanta rotura el negocio, que otro dia, yendo marchando el campo, á vista de todos y del mismo Gonzalo Pizarro pusieron las piernas á los caballos dos soldados, el uno llamado Juan Lopez y el otro Villadan,

dando voces y apellidando la voz de su majestad, y que muriese Gonzalo Pizarro, que era tirano; lo cual hicieron confiados en llevar buenos caballos; y era tanto lo que ya se recelaba Gonzalo Pizarro de todos, que á nadie consintió que los siguiese, temiéndose que todos se le huirían; y así, se dió gran priesa á caminar por los llanos la via de Arequipa, huyéndosele en el camino muchos soldados y arcabuceros, caso que en tres ó cuatro dias ahorcó hasta diez ó doce personas señaladas, de quien tuvo sospecha que se querian ir, sin dejarlos confesar. Y llegó á términos, que ya no llevaba mas de doscientos hombres, recelándose siempre no le diesen alguna arma fingida con que se le acabase de pasar toda la gente; y así llegó á la provincia de la Nasca, que son cincuenta leguas de los Reyes.

## CAPITULO XVII.

Cómo la ciudad de los Reyes se alzó por su majestad, y lo que sobre esto sucedió.

Habiendo caminado Gonzalo Pizarro con su campo en la forma que tenemos contado, don Antonio de Ribera y el alcalde Martin Pizarro y Antonio de Leon y otros algunos vecinos, que por viejos y enfermos se habian quedado en la ciudad con licencia que hubieron de Gonzalo Pizarro para ello, dándole sus armas y caballos, sacaron el pendon de la ciudad de los Reyes, y juntando consigo la gente que pudieron, públicamente en la plaza alzaron la ciudad por su majestad, y preguntaron públicamente las provisiones del Presidente, que de la mar les enviaron; y luego lo hicieron saber á Lorenzo de Aldana, el cual se estaba en la mar con todo buen recado, recogiendo todos los que se iban á juntar. Y para este efecto tenia en la costa al capitán Juan Alonso Palomino con cincuenta hombres, y los bateles á punto para recogerse, siendo necesario; porque siempre temió que Gonzalo Pizarro revolveria sobre la ciudad, sabiendo lo que en ella pasaba; y para ser avisado dello proveyó doce de caballo de los que se habian huido del campo, que estoviesen en el camino para venir luego á toda furia con cualquiera novedad que hubiese, y mandó que el capitán Alonso de Cáceres estoviese en la ciudad de los Reyes recogiendo la gente; proveyó que Juan de Illanes subiese en una fragata la costa arriba hasta echar en tierra en lugar seguro un fraile y un soldado que llevasen al capitán Diego Centeno los despachos del Presidente, y le hiciesen relacion de todo lo que en tierra pasaba, y lo mismo en la ciudad de Arequipa; y envió por tierra mensajeros, personas prácticas, que fuesen á Arequipa con ciertas cartas particulares para diversas personas, y pasando mas adelante, llevasen otras al capitán Alonso de Mendoza y Juan de Silveira; proveyó por medio de los indios de Jauja, que son del mismo Lorenzo de Aldana, cómo se echasen en el real de Juan de Acosta cartas para muchas personas y traslados del perdon, por manera que en todo el reino se tuviese por noticia de la clemencia de que su majestad usaba en aquel reino. Casi todas estas provisiones sucedieron bien, y resultó dellas el provecho de que adelante se hará relacion. En todo este tiempo Lorenzo de Aldana no salió de la mar, teniendo consigo los ciento y cincuenta hombres que trajo en la

armada, salvo que desde allí proveia lo necesario. Y tuvo noticia cómo se enviaban avisos á Gonzalo Pizarro de todo lo que pasaba, y cada dia iban y venian corredores para estorbarlo y tomar lengua de lo que se hacia en el campo. Y un dia trajeron relacion que Gonzalo Pizarro volvía con su gente, lo cual les puso en gran rebato, y pareció después haber sido divulgada esta nueva por el mismo Gonzalo Pizarro y su maestre de campo á efecto de entretener y embarazar la gente de Lorenzo de Aldana para que no fuesen tras él, de lo cual él tenia gran temor, porque llevaba tan poca confianza de los suyos, que cualquier rebato le pareció que seria parte para huírsele todos; y luego en sabiéndolo, visto que no tenían fuerza para resistir al enemigo, los que tenían caballos se fueron la via de Trujillo, y otros se acogieron á las naos y se escondieron por los cañaverales y lugares secretos que hallaban, hasta que después supieron de cierto que Gonzalo Pizarro iba prosiguiendo lo su camino, y aun muy de priesa; y luego todos se recogieron á la ciudad, y cada dia venia gente huida, y se tenia nuevas de lo que pasaba en el real, y la última fué que Gonzalo Pizarro llevaba gran temor que su misma gente le habia de matar, y ponía grandes guardas en su seguridad y para que no se huyese nadie, y llevaba tendida la bandera de sus armas solamente; porque, desde el dia que se huyeron el licenciado Carvajal y Gabriel de Rójas, no consintieron traer armas reales. Iba matando cada dia y haciendo nuevas crueldades, de lo cual todo Lorenzo de Aldana daba noticia al Presidente por mar y por tierra, avisándole cuánto convenia apresurar su venida, por ir tan de caída el enemigo, que con cualquier novedad se desharia. Y sabido por Lorenzo de Aldana que Gonzalo Pizarro iba ya ochenta leguas desviado de la ciudad de los Reyes, á 9 de septiembre de 547 saltó en tierra con todos sus capitanes y gente de la ciudad, y le salieron á recebir con gran solemnidad los capitanes y gente de guerra que habia allí puestos en orden; dejó el armada á cargo de Juan Fernandez, alcalde ordinario de la ciudad, con las solemnidades que se requerian; y él repartió la gente por sus compañías, aperebiéndose de todos los pertrechos y armas necesarias; donde le dejarémos por contar lo que en este tiempo sucedió en el real de Juan de Acosta.

## CAPITULO XVIII.

Cómo Gonzalo Pizarro envió á mandar á Juan de Acosta que se fuese á juntar con él, y de la gente que se le huyó, y el castigo que sobre ello hizo, y cómo fué al Cuzco, y de ahí á Arequipa, donde se juntó con Gonzalo Pizarro.

Juan de Acosta salió de la ciudad de los Reyes (como tenemos contado), caminando por la sierra la via del Cuzco con trecientos hombres bien aderezados, hasta que en el camino supo la venida de Gonzalo Pizarro de los Reyes, y luego envió á fray Pedro, fraile de la Merced, para que le enviase á mandar con él lo que convenia hacer, y con el mismo fraile Gonzalo Pizarro le envió orden para que viniese á juntarse con él por cierta parte que le pareció conveniente; y llegó fray Pedro á Juan de Acosta, le dió el recado que llevaba juntamente con un Gonzalo Muñoz, y le hicieron relacion de todo lo que habia pasado en el real de Gonzalo Pizarro, y de la mucha gente que se le habia huido; de lo cual todo no tenia noticia Juan de Acosta, y aunque lo sabian algunos soldados por cartas que los indios habian echado en el campo, no lo sabian comunicar unos con otros; y encargaron los mensajeros á Juan de Acosta que tuviese secreto hasta juntarse con Gonzalo Pizarro; y así, comenzó á publicar nuevas que dijo haberle traído fray Pedro, fingiendo sucesos prósperos de Gonzalo Pizarro y de la gente que se le juntaba, y que habia enviado personas de quien él se fiaba, para que, fingiendo que se huían y iban descontentos, se alzasen con la armada de Lorenzo Aldana; pero no pudo encubrirse tanto la verdad, que no viniere noticia de Paez de Sotomayor, maestre de campo, y del capitán Martin Dolmos; y sabido por ellos, determinaron cada uno por sí de matar á Juan de Acosta, sin osarse declarar el uno al otro hasta que por ciertos términos vinieron á entenderse; y comunicando entre ellos, dieron parte á algunos soldados de quien se fiaban, y á la hora concertada que habian de ejecutar su determinacion supo Sotomayor que Juan de Acosta estaba en su toldo hablando en secreto con dos capitanes suyos, llamado el uno Diego Gil y el otro Martin de Almendras, y que tenia doblada gente de guardia que solia; lo cual le dió ocasion de creer que hubiese venido su concierto á noticia de Juan de Acosta, por haberse comunicado con tantos; y temiéndose de lo que podria suceder, se puso á caballo con sus armas, y avisó á mucha priesa á todos los del concierto y los hizo cabalgar, y á vista de todos salieron del real hasta treinta y cinco personas, los principales de los cuales eran Paez de Sotomayor y Martin Dolmos y Martin de Alarcon, alférez general, y Hernando de Albarado y Alonso Rengel y Antonio de Avila y Carcía Gutierrez y Martin Monje, y todas las demás personas señaladas y prácticas en la tierra, y así caminaron la via de Guamango. Y viéndoles ir Juan de Acosta, envió tras ellos sesenta arcabuceros de caballo, los cuales, no pudiéndoles alcanzar, se volvieron, y Juan de Acosta hizo informacion, y ahorcó algunos que entendió que sabian del negocio, y otros prendió y con otros disimuló; y desta manera caminó la via del Cuzco, matando siempre en el campo algunos de quien tenia sospecha y á otros que se querian huir; y llegado al Cuzco, quitó las varas de la justicia que estaban puestas por Diego Centeno, y dejó allí por alcalde á Juan Vazquez de Tapia con el recado que le pareció necesario, y continuó su camino la via de Arequipa para se juntar con Gonzalo Pizarro, y entre tanto se le huyeron otros treinta hombres dos á dos y tres á tres, segun les daba lugar la ocasion, y todos se vinieron á la ciudad de los Reyes á juntar con Lorenzo de Aldana. Llegado Juan de Acosta doce leguas del Cuzco, se le huyó Martin de Almendras con veinte hombres de los mejores que él llevaba, y tornando al Cuzco con ellos y con la gente que allí quedó, fué parte para quitar las varas á los alcaldes á quien las habia dado Juan de Acosta, y envió preso al uno dellos á la ciudad de los Reyes, y puso alcaldes por su majestad. Y viendo Juan de Acosta cuánto se le disminuía cada dia su gente, tuvo por el mejor remedio alargar las jornadas y ir tan de priesa, que se entendia bien que lo hacia mas por ase-



gurar su vida que no porque cumplierse á la negociacion; y así, llegó á Arequipa con solos cien hombres, de trecientos que habia sacado de los Reyes; y halló allí á Gonzalo Pizarro con docientos y cincuenta, con haber tenido pocos dias antes en la ciudad de los Reyes, sin otros muchos que tenia derramados por el reino con diversos capitanes, mil y quinientos hombres; y estaba indeterminable en lo que haria, porque para esperar no le parecia bastante fuerza, y para huir ó esconderse era demasiada. Y así, quedará por contar lo que Diego Centeno hizo después que salió del Cuzco.

## CAPITULO XIX.

De cómo Diego Centeno se juntó con el capitan Mendoza, y lo que sobre ello sucedió.

Estando Diego Centeno en el Collao esperando la respuesta de la embajada que habia enviado al capitan Alonso de Mendoza con Pedro Gonzalez de Zárate, maestre-escuela del Cuzco, y habiendo rescebido los despachos del Presidente, los cuales Lorenzo de Aldana le habia encaminado, tuvo nuevas de todo lo que en la ciudad de los Reyes habia sucedido, y de la huida de Gonzalo Pizarro, y cómo se le habia juntado Juan de Acosta, y lo uno y lo otro envió de nuevo á hacer saber á Alonso de Mendoza con Luis Garcia de San Mames, vecino del Cuzco, declarándole particularmente los poderes y despachos que el Presidente traia, y cómo, vistos aquellos, y que la voluntad de su majestad era que Gonzalo Pizarro no gobernase en el Perú, los mas caballeros y personas señaladas que con él andaban le habian desamparado, trayéndole á memoria las grandes tiranías y robos y muertes que Gonzalo Pizarro habia hecho, y sobre todo, haberse declarado contra su rey y señor natural, no obedesciendo sus provisiones ni admitiendo la persona que enviaba á gobernar; y que mirase que lo que hasta entonces se habia hecho podia tener algun color, y de allí adelante ninguna cubierta se le podia dar sin caer en gran infamia y renombre de traidor siguiendo á Gonzalo Pizarro y á su dañada intencion, y no habia para qué traer á memoria ni tener cuenta con las diferencias pasadas que habian acontecido en tiempo del capitan Carvajal y Alonso de Toro, porque todos los rencores y pasiones privadas se habian de olvidar por hacer un tan señalado servicio á su majestad como se esperaba. Y con esta embajada, y con la buena intencion que ya don Alonso de Mendoza traia de seguir el nombre de su majestad (aunque no venia determinado á qué parte habia de acudir), luego alzó bandera por su majestad, y se hicieron capitulaciones entre él y Diego Centeno en tal manera, que cada uno se quedase por general de su gente. Y con esta confederacion salió Alonso de Mendoza de la villa de Plata con su gente, y por sus jornadas se vino á juntar

con Diego Centeno; en la cual junta de la una y de la otra parte se hicieron grandes alegrías. Viéndose con tanta pujanza, que tenian mas de mil hombres, acordaron ir á buscar á Pizarro y tomarle cierto paso para que no se pudiese huir, porque no les convenia pasar adelante porque habia falta de comida y por otros inconvenientes. Y en esta sazón aconteció que ya casi todos los lugares del Perú, de la ciudad de los Reyes para abajo, habian alzado banderas por su majestad, porque el capitan Juan Dolmos, que era teniente de Puerto-Viejo por Gonzalo Pizarro, al tiempo que vió pasar los navíos de Lorenzo de Aldana por el puerto de Manta, que es el puerto de aquella provincia, por una parte envió dello relacion á Gonzalo Pizarro con gran priesa, diciéndole que le parecia mal no haber surgido en el puerto, y que temia no viniesen de guerra, y por otra parte envió una balsa con ciertos indios á saber de los capitanes de los navíos la razon de su venida, los cuales fueron y trajeron la relacion de todo con cartas de Lorenzo de Aldana aconsejándole lo que habia de hacer, las cuales Juan Dolmos envió al pueblo de Santiago de Guayaquil (que comunmente llaman la Culata), á Gomez Estacio, que allí era teniente por Gonzalo Pizarro, haciéndole saber que su majestad no era servido que Gonzalo Pizarro gobernase, y que enviaba á ello al Presidente; por tanto, que le parecia que todos le debian acudir. Estacio le respondió que cuando viniese personalmente la persona que su majestad enviaba él acudiria; pero que entre tanto no entendia hacer novedad, sino que cada uno se estoviese en su gobernacion. Oido esto, Juan Dolmos fué con siete ó ocho amigos á ver á Gomez Estacio, so color de tratar con él en presencia el negocio; y estando un dia descuidado, le dió de puñaladas y alzó bandera por su majestad en ambos pueblos. Llegadas estas nuevas á la ciudad de Quito, y sabido por Pedro de Puelles, que allí era gobernador, la entrega de la armada y lo demás que habia sucedido, se comenzó á poner á recado, y Juan Dolmos le envió al capitan Diego de Urbina, persuadiéndole que se redujese al servicio de su majestad; Pedro de Puelles le respondió que, certificándose él que su majestad mandaba que Gonzalo Pizarro no gobernase, y viendo presente la persona que enviaba para ello, estaba presto de le acudir; y pocos dias después de ser vuelto Diego de Urbina con esta respuesta, Rodrigo de Salazar, natural de Toledo, de quien Pedro de Puelles hacia gran confianza, concertándose con ciertos soldados amigos suyos, una mañana le dió de puñaladas y alzó bandera por su majestad; y sacando de la ciudad trecientos hombres de guerra, se vino la vuelta del puerto de Túmbez en busca del Presidente; por manera que ya no habia en toda la provincia lugar ninguno que no tuviese la voz de su majestad antes que el Presidente llegase á la tierra.

## LIBRO SÉTIMO.

QUE TRATA DE LA LLEGADA DEL PRESIDENTE Á LA PROVINCIA DEL PERÚ, Y DE LO QUE HIZO HASTA EL VENCIMIENTO DE GONZALO PIZARRO Y DEJAR PACÍFICA LA TIERRA.

## CAPITULO PRIMERO.

Cómo el Presidente llegó al puerto de Túmbez, y de allí prosiguió su camino por la sierra contra Gonzalo Pizarro.

En este tiempo el Presidente se embarcó en Panamá con el resto de su ejército, habiéndose proveido con gran diligencia de todo lo necesario para su armada, así de comida como de armas y otras cosas necesarias, y llevando consigo hasta quinientos hombres, aportó con buen tiempo al puerto de Túmbez, quedándosele un solo navío, de que iba por capitan don Pedro de Cabrera, que por no ser tan buen velero, no pudo tomar la costa del Perú y decayó al puerto de la Buenaventura, y después por tierra alcanzó al Presidente, á quien, en saltando en tierra, todos escribieron ofresciéndose á su servicio, y dándole cada uno los avisos y medios que le parecian mas convenientes para el buen suceso del negocio; y á todo respondia el Presidente con mucha gracia; y de todas partes le acudia tanta gente, que le pareció bastante, sin que de otras provincias le viniese ningun socorro; y así, proveyó luego navíos á la Nueva-España y Guatemala y Nicaragua y Santo Domingo, dando relacion del estado de los negocios, y cómo no habia necesidad que viniesen los socorros que él habia enviado á pedir creyendo que serian necesarios. Y hecho esto, proveyó que Pedro Alonso de Hinojosa, su general, caminase con la gente hasta juntarse con los capitanes y ejército que residia en Caxamalca, para que de todos se hiciese un cuerpo; y Pablo de Meneses fué con el armada por mar, y el Presidente, con la gente que le pareció necesaria, continuó su camino por los llanos hasta llegar á la ciudad de Trujillo, donde de todas partes halló nuevas de lo sucedido; y teniendo intento de no entrar en la ciudad de los Reyes hasta dar fin en su jornada, determinó que toda la gente del reino que estaba por su majestad se fuese á juntar con él al valle de Jauja, que era sitio conveniente para desde él esperar y acometer los enemigos, y donde habia abundancia de comida. Y así, envió á mandar á Lorenzo de Aldana y á todos los que con él estaban en los Reyes, que se fuesen á Jauja, donde los esperaria; y él se subió por la sierra, y juntándose con su campo, de que ya estaba poderado su general Hinojosa, caminó con mas de mil hombres que en él habia la via de Jauja con gran placer y contentamiento de todos, esperando verse presto libres de la tiranía de Pizarro, porque aun los mas principales que le siguieron en los principios de su tiranía estaban tan escandalizados de ver muer-

tos mas de quinientos hombres principales á horca y cuchillo, que no tenian una hora de seguridad en sus vidas.

## CAPITULO II.

De lo que hizo Pizarro sabida la junta de Diego Centeno y Alonso de Mendoza.

Ya se dijo arriba cómo llegando Gonzalo Pizarro á la villa de Arequipa, la halló despoblada, porque toda la gente della se fué á juntar con el capitan Diego Centeno después de la última entrada que hizo en el Cuzco, y allí procuró Gonzalo Pizarro de saber nuevas de todo lo que pasaba, y supo cómo Diego Centeno estaba en el Collao, cerca de la laguna de Titicaca, y se habia confederado y juntado con Alonso de Mendoza, por manera que con toda la gente del Cuzco y de los Charcas y Arequipa le estaban guardando el paso con cerca de mil hombres; y así, se detuvo Gonzalo Pizarro cerca de veinte dias, esperando al capitan Juan de Acosta con la gente que traia, hasta que llegó con ciento y ochenta hombres, porque los demás se le huyeron en el camino, y otros muchos ahorcó. Y llegado Gonzalo Pizarro, hizo reseña de toda su gente, y halló que tenia quinientos hombres, y escribió al capitan Diego Centeno dándole relacion de todo lo sucedido, encareciéndole las buenas obras que le habia hecho, especialmente cómo al tiempo que mató á Gaspar Rodriguez y Felipe Gutierrez le halló á él en la misma culpa y le perdonó, contra parecer de todos sus capitanes; y que él le haria todo el partido que quisiese porque se viniese á juntar con él, y que le perdonaria lo pasado, atento que Lope de Mendoza y otros que habian sido la causa dello habian pagado su yerro. Y con estos despachos envió á un Francisco Voso, el cual los dió á Diego Centeno y se ofresció á servirle, y le avisó cómo Diego Alvarez, su alférez, se carteaba con Gonzalo Pizarro, al cual Diego Centeno dejó de castigar porque ya en aquella sazón el mismo Diego Alvarez lo habia descubierto á Diego Centeno, diciendo que lo habia hecho por otros fines; y así, Diego Centeno respondió á las cartas de Gonzalo Pizarro con gran comedimiento, agradeciéndole sus ofrescimientos, y reconociendo las buenas obras que dél habia recebido, y diciendo que pensaria satisfacerle de todas con aconsejarle y pedirle por merced considerase el estado de los negocios y la gran merced que su majestad hacia á él y á todos en perdonarles lo pasado, y que si quisiese venir á juntarse con él y reducirse al servicio de su majestad le seria buen intercesor con el Pre-